

la CASA
con PATAS de
GALLINA

Sophie Anderson

la CASA
con PATAS de
GALLINA

Planeta
Junior

Título original: *The House With The Chicken Legs*

© 2018, Sophie Anderson

La autora declara ser la autora de esta obra de conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988.

Publicado con acuerdo con Lennart Sane Agency AB

Traducción: Gloria Estela Padilla Sierra

Adaptación del diseño original de Maeve Norton / Red Nose Studios: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de interiores: Daniel Bolívar

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA JUNIOR M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-6682-4

Primera edición impresa en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-6681-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

CONTENIDO

Prólogo	9
Guiando a los muertos	13
Benjamín	25
Una cobija muy pesada	37
Más allá de la cerca	45
El desierto	57
Nina	65
Aprendiendo a nadar	75
Serina	83
Solo unos minutos más	91
La playa	97
Verdades y mentiras	107
La siguiente guardiana	121
El doloroso sonido de algo que se rompe	131
La vieja Yaga	137
Salma	149
De cabeza	159
La riad	171
El universo en expansión	181
Palabras crueles	193
Destellos de luz	201
La Ceremonia de Vinculación	211
Oscuridad	225
Fuego	233
La tierra de las nieves	239
La tierra de los lagos	251

A través del Portal	259
Plantando semillas.	271
Crecer	277
Epílogo	287
Yaga y más que Yaga	287
El glosario de Marinka.	291
Entrevista con Sophie Anderson	293
Agradecimientos	299



GUIANDO A LOS MUERTOS

Al atardecer enciendo las velas dentro de las calaveras. Un brillo anaranjado parpadea por las cuencas vacías de sus ojos para atraer a los muertos, que aparecen en el horizonte como una niebla y van adquiriendo forma mientras se tropiezan en el terreno pedregoso al dirigirse hacia la casa.

Cuando era más pequeña, acostumbraba a tratar de adivinar cómo habían sido sus vidas o qué mascotas podrían haber tenido, pero ahora que tengo doce años me aburre ese juego. Las luces del pueblo, que brillan muy lejos allá abajo, atraen mi mirada a un universo de posibilidades.

Doy un salto cuando Jack se abalanza desde la oscuridad y aterriza en el alféizar de la ventana junto a mí. Sus garras golpetean la madera y eriza las plumas. Suena como el viento entre los árboles y pienso en la libertad del aire.

—Me gustaría volar hasta allá abajo, Jack —le digo mientras le acaricio la nuca—. Y pasar una tarde con los vivos. —Pienso en todas las cosas que podrían estar haciendo, cosas de las que solo he leído en los libros, pero que podría hacer en realidad si fuera al pueblo, como correr o jugar con otros niños o ver un espectáculo en un teatro rodeada de rostros amables y sonrientes.

—¡Marinka! —Baba me llama y la ventana se cierra con un parpadeo.

—Ya voy. —Me pongo la pañoleta y corro hasta la puerta. Debería estar allí para recibir a los muertos junto a ella, para ver cómo los guía a través del Portal. Después de todo, es una *responsabilidad seria* y tengo que *enfocarme y aprender cómo se hace*, para que algún día pueda hacerlo yo sola. No quiero pensar en ese día. Baba dice que mi destino es convertirme en la siguiente guardiana y que, cuando lo haga, mi primera obligación será guiarla a ella a través del Portal. En mi pecho brota un escalofrío y me deshago de él. Como ya dije, no quiero pensar en ese día.

Baba agita un enorme caldero de *borsch* sobre el ardiente fuego. Voltea y sonrío cuando entro a la habitación, con un brillo emocionado en los ojos.

—Te ves adorable, mi *pchelka*. ¿Estás lista?

Asiento y me obligo a sonreír, con el deseo de que guiar me encantara tanto como a ella.

—Mira. —Baba dirige la vista hacia su silla, donde está un violín recién encordado y pulido—. Finalmente tuve tiempo de arreglarlo. Espero que uno de los muertos nos toque algunas canciones nuevas.

—Eso sería bonito. —La posibilidad de nueva música me habría emocionado no hace mucho tiempo, pero ahora, sin importar cuál de sus viejos instrumentos musicales arregle, las noches que pasamos guiando se sienten iguales—. ¿Te sirvo *kvass*? —le pregunto mirando la mesa, donde un ejército de gruesos vasos esperan que los llene con la bebida oscura y ácida.

—Sí, por favor —dice asintiendo. Me abro paso entre los vaporosos olores agrios mientras ella canta con voz chillona y desentonada, y se lleva una cucharada de la brillante sopa de betabel hasta los labios—. Más ajo —susurra y lanza un puñado de ajos crudos a la sopa.

Abro una botella y sirvo el *kvass*. Su hedor de levadura flota por el aire, mezclándose sin problemas con el tufo de la sopa. Observo las burbujas de color crema que suben por el líquido café oscuro y que explotan en la espuma espesa de la superficie. Una por una, las burbujas estallan y desaparecen, igual que los muertos se esfumarán al final de la noche. Parece tan inútil conocer a los muertos cuando nunca volverás a verlos. Pero nuestro deber, como Yagas que viven en esta casa Yaga, es hablarles y darles una última noche maravillosa en la que revivan sus recuerdos y celebren sus vidas, antes de atravesar por el Portal y regresar a las estrellas.

—¡Ya llegaron! —exclama Baba y atraviesa la habitación con los brazos extendidos. Un hombre viejo se

cierno en la entrada. Está borroso y casi transparente, lo cual es una señal segura de que está esperando esto desde hace algún tiempo. No le llevará mucho atravesar el Portal.

Baba le habla con suavidad en el lenguaje de los muertos, mientras yo lleno la mesa con platos y cucharas, pan negro rústico, una canasta de eneldo, tazones con crema agria y rábano picante, bolitas de masa con hongos, un surtido de vasos diminutos y una gran botella de *trost* para los espíritus, la potente bebida para los muertos. Baba dice que se llama *trost*, como los bastones, porque ayuda a los muertos en su viaje.

Trato de escucharlos, trato de enfocarme y de entender lo que dicen, pero el lenguaje de los muertos se me escapa. Siempre me pareció más difícil que los lenguajes de los vivos, que capto con tanta facilidad como si recogiera conchas en la playa.

Mi mente sigue divagando hacia el pueblo. La forma en que se curva alrededor del angosto extremo del lago. He visto que los vivos salen en pequeñas lanchas pesqueras por la mañana en grupos de dos o tres. Me pregunto cómo será remar en una de ellas con un amigo. Podríamos ir hasta la isla que está en medio y explorarla juntos. Quizá hacer una fogata y acampar bajo las estrellas.

Baba me da un leve codazo mientras ayuda al anciano a sentarse en la silla.

—¿Le darías un tazón de *borsch* a nuestro invitado, por favor?

Más muertos llegan en oleadas. Mis ensoñaciones vagan al borde de mi mente al mismo tiempo que sirvo, coloco las sillas, les pongo cojines, y trato de tranquilizar a los muertos asintiendo y sonriéndoles. Al poco tiempo se relajan, animados por la comida y la bebida y por las lenguas de fuego que flotan y chisporrotean en el fogón. La casa les da energía y se vuelven más sólidos, hasta parecer casi vivos. Casi.

Las risas hacen eco en las vigas y la casa murmura con satisfacción cuando los muertos recuerdan sus orgullos y dichas, y suspiran con sus penas y arrepentimientos. La casa vive para los muertos y Baba también. Revolotea de invitado en invitado con su retorcido cuerpo de anciana, que en este momento es tan ligero como el de un colibrí.

En las pocas ocasiones en que los vivos se acercan a la casa, he oído sus murmuraciones. He escuchado que dicen que Baba es fea, espantosa, una bruja o un monstruo. Les he oído decir que se come a la gente. Pero nunca la han visto como ahora. Es hermosa, bailando entre los muertos y trayéndoles consuelo y alegría. Me encanta su sonrisa grande y llena de dientes torcidos, su enorme nariz verrugosa y su delgado pelo blanco que sale flotando por debajo de su pañuelo con calaveras y flores. Me encantan su panza gorda y holgada y sus piernas encorvadas y cortas. Me encanta su habilidad para hacer que todos se sientan cómodos. Cuando los muertos llegan aquí están perdidos y confundidos, pero se van tranquilos y pacíficos, listos para su viaje.

Baba es la guardiana perfecta. Mucho mejor de lo que yo seré alguna vez. Pero también es cierto que no quiero ser una guardiana. Ser una guardiana significa tener la responsabilidad del Portal y de todo el asunto de guiar a los muertos para siempre. Y mientras que a ella le provoca felicidad guiar a los muertos, ver que se alejan todas las noches me hace sentir todavía más sola. Si tan solo estuviera destinada a otra cosa. Algo relacionado con los vivos.

La casa cambia de posición, asentándose en la noche, y abre ampliamente sus tragaluces. Las estrellas refulgen sobre nuestras cabezas, derramando pequeñas chispas luminosas.

—*Trost!* —grita Baba al mismo tiempo que saca el corcho de la botella con los dientes. El aroma dulce y especiado de la bebida inunda los aires y el fuego se aviva.

El Portal aparece en la esquina del cuarto, cerca del fogón. Es un enorme rectángulo negro, más negro que la oscuridad al fondo de una tumba. Atrae tu mirada como un hoyo negro atrae a la luz, y mientras más tiempo lo miras, más fuerte es su atracción.

Camino hacia el Portal con las manos en la bolsa del delantal y evito su boca abierta dirigiendo la vista al suelo. Los tablones del piso parecen viajar hacia el abismo y desaparecer en la negrura. Por el rabillo del ojo puedo ver los breves destellos dentro de ese vacío. El movimiento circular de un arcoíris, el centelleo de una nebulosa, las hinchidas nubes de tormenta y el arco infinito de la Vía Láctea. Un océano respira abajo y el agua choca contra las montañas cristalinas. Saco de mi bolsillo la araña muerta y la pongo en el suelo.

El alma de la araña sale de su cadáver y mira confundida por toda la habitación. Los animales no necesitan que los guíen; Baba dice que entienden mejor el gran ciclo que los humanos, así que probablemente se esté preguntando por qué está en una casa Yaga.

De todas formas, murmuro las palabras del viaje de los muertos, olvidando la mitad y pronunciando mal el resto. Hablan de fortaleza en el largo y difícil camino, de gratitud por el tiempo pasado en la Tierra y de la paz al regresar a las estrellas. La araña muerta inclina la cabeza hacia mí y parece más confundida. Suspiro y la empujo hacia el Portal, preguntándome por millonésima vez si los destinos están predeterminados. Si realmente tengo que volverme una guardiana y pasar mi vida despidiéndome, cuando lo que anhelo realmente es tener amigos que duren más de una noche.

Baba empieza a cantar y los muertos la imitan. Sus voces se elevan y se vuelven más sonoras. Uno de ellos toma el violín y toca, cada vez más rápido. Baba recoge su acordeón y la música crece. La casa salta al ritmo de la música y los muertos zapatean, giran y bailan. Pero lentamente, uno a uno, se cansan, suspiran y se dejan llevar hacia el Portal. Baba deja el acordeón y les susurra al oído las palabras del viaje de los muertos, besa sus mejillas y ellos se hunden en la oscuridad, sonriendo mientras se van flotando.

Cuando las primeras luces del amanecer van apagando las estrellas del cielo, solo queda una muerta. Es una joven que está envuelta en uno de los chales de color negro y rojo de Baba y que está mirando el fuego.

A los jóvenes siempre les resulta más difícil atravesar el Portal. Parece injusto que su tiempo en la Tierra sea tan breve. Baba dice que «lo importante no es qué tan larga es la vida, sino lo dulce que es». Dice que algunas almas aprenden con rapidez lo que vinieron a aprender aquí y que a otras les lleva más tiempo. No sé por qué no es posible que todos tengamos vidas largas y dulces, lecciones aparte.

Baba le regala a la niña unas almendras azucaradas, la abraza y le susurra al oído palabras que no entiendo, y finalmente la niña asiente y deja que la guíe por el Portal. A medida que la niña se aleja flotando, los pálidos rayos dorados del sol entran por los tragaluces y el Portal desaparece. Los tragaluces se cierran y la casa suspira. Baba se limpia una lágrima del rabillo del ojo, aunque al voltear hacia mí está sonriendo, así que no estoy muy segura de si está feliz o triste.

—¿Cocoa? —pregunta, atrapada todavía en el lenguaje de los muertos.

—Sí, por favor —respondo y empiezo a levantar los trastes.

—¿Oíste a la astrónoma que tiene una estrella a la que le pusieron su nombre? —El rostro de Baba se ilumina mientras regresa a nuestras pláticas de todos los días—. ¡Guíe a una astrónoma a las estrellas!

Intento recordar todos los rostros de los muertos y descubrir quién podría haber sido, pero no tengo idea.

—Se me sigue dificultando mucho el lenguaje de los muertos.

—Entendiste cuando te ofrecí la cocoa.

—Eso es diferente. —La sangre me sube a las mejillas—. Cocoa es una sola palabra y todos los muertos hablan muy rápido.

Baba me pasa la taza, llena hasta el borde de la bebida dulce y caliente, y se sienta en su silla junto al fuego.

—¿Qué vamos a leer esta mañana?

Deslizo mi pañoleta y me la quito, me siento sobre mi cojín en el piso y me recuesto contra sus rodillas. Siempre me lee antes de ir a la cama para nuestro sueño matutino.

—En lugar de eso, ¿me contarías una historia sobre mis padres? —pregunto.

Baba acaricia mi pelo.

—¿Cuál te gustaría escuchar?

—¿De cómo se conocieron?

—¿Otra vez?

—Otra vez —respondo asintiendo.

—Bueno. —Toma un sorbo de la cocoa—. Ya sabes que tus padres venían de antiguas familias Yagas, con antepasados que se remontan a los tiempos del Primer Yaga de las Estepas.

Jack envuelve con cuidado un trozo de pan de miel dentro de la tela de mi falda y yo acaricio las suaves plumas del lado de su cara.

—La casa de tu madre galopaba desde las Grandes Montañas del Este y la casa de tu padre lo hacía desde los Escarpados Picos del Oeste. Sin advertencia, ambas casas giraron de pronto al sur y se asentaron en las afueras de la Ciudad Hundida para pasar la noche y remojar las patas en el agua.

—Porque las patas de las casas estaban muy calientes después de haber corrido... —apunto.

—El agua hervía y lanzaba vapor bajo la luz de la luna —dice Baba con una sonrisa—. Tu madre se asomó por la ventana y quedó tan fascinada con la belleza de la ciudad que se escabulló y tomó prestada una góndola para poder explorar los canales en la quietud de la noche.

Imagino a mi madre flotando sobre el reflejo de un cielo oscuro y liso que tranquilamente golpea sobre su barca, mientras ella agita su remo a través de las aguas llenas de estrellas.

—No muy lejos —continúa, golpeteando rítmicamente su pie contra el suelo—, tu padre, que también estaba encantado con la belleza de la ciudad, bailaba sobre el techo de su casa.

Yo río.

—¿Seguía viviendo con sus padres?

—Tu madre había estado viviendo sola en su propia casa desde hacía unos años —dice Baba asintiendo—, pero tu padre seguía viviendo con sus padres Yagas.

—Mi padre vio a mi madre y se inclinó para verla mejor... —Espero a que Baba termine la oración.

Se inclina sobre mí, como mi padre lo hizo desde el techo de su casa.

—Tu padre tropezó y cayó en picada. —Baba abre mucho los ojos fingiendo temor—. Cayó y cayó hacia el canal... y entonces aterrizó con un fuerte golpe en la barca de tu madre, que se sacudió tanto que tu madre cayó al agua, gritando.

—Mi padre se sumergió para salvarla —me apresuro a añadir—. Pero se tropezó de nuevo al saltar de la góndola, se golpeó la cabeza y terminó inconsciente dentro del canal.

Baba reposa su mano sobre mi hombro.

—Y entonces tu madre acabó salvándolo.

—Y luego se enamoraron y me tuvieron. —Sonrío.

—Bueno, eso fue unos años más tarde. Pero sí, te tuvieron. Eras todo su mundo, Marinka. Te amaban mucho.

Suspiro y dejo a un lado mi taza vacía. Me encanta esa historia, pero no por los canales bañados por la luz de la luna o por el baile sobre el techo o la caída en el agua y que lo hayan salvado, aunque esos son buenos fragmentos. Me encanta la historia porque, a pesar de que mi madre rompió las reglas Yaga al escaparse de la casa y robarse una góndola en medio de la noche, no pasó nada malo por eso. Y me encanta la idea de que algún día, totalmente de la nada, alguien o algo pueda precipitarse desde el cielo y cambiar mi vida para siempre.